

# Final de trayecto

Los trenes atraviesan la ciudad gris como un innecesario gesto de soberbia, recordándoles que desgraciadamente el mundo no termina en su miseria y que más allá hay otro mundo que, quién podría soñar por qué loca abundancia, precisa de esos trenes que atraviesan el poblado sin traer ni llevar nada, sólo como un recordatorio de los otros mundos extramiserables. Seguramente por eso Ricardo les tira piedras, gritando insultos que se atropellan con el siguiente en un tartamudeo rabioso del que lo más entendible son los salivazos que se le escapan. Ricardo tira piedras al tren mientras Pedro, detrás, encoge la cabeza entre los hombros y cierra los ojos como si las piedras se las tiraran a él. Ricardo no ha subido nunca a un tren, Ricardo no puede concebir cómo se viaja en un tren porque Ricardo no concibe más viaje que el de las piedras que se chocan inútiles contra el tren soberbio. Pedro sí que ha viajado en tren, fue una vez con su hermano y otros chicos mayores hasta donde pudieron llegar antes de que les pillaran. Tenían un buen truco, aunque dependiera demasiado del azar. Subiéndose al primer o último vagón, según a qué altura estuviera el revisor en su ruta requisatoria, les daba tiempo a llegar al

siguiente apeadero antes de que llegara a su altura y les pidiera el billete. Con el tren parado, simplemente tenían que salir y volver a subir en el vagón más lejano al revisor y repetir la jugada mientras se pudiera. Y se pudo hasta que la carrera del último vagón al primero fue detenida por una chaqueta con un logo de empresa de seguridad privada llena de músculos hostiles. Pedro recuerda aterrado y sin comprender aquella interrupción seca de su aventura, el miedo en el grupo de los mayores, a los que no podía ni imaginarse amedrentados por nada, los ojillos inexpresivos a punto de desaparecer en la mole total de la figura autoritaria, la comunicación molesta del walki-talkie mezclando interferencias y frases cortas en un único ruido indescifrable salvo en el anuncio seguro de problemas.

A pesar de esa única mala experiencia a Pedro le gustan los trenes, porque apenas tiene experiencias y más vale que sean malas que no sean, y viene con Ricardo a tirarles, o a hacer como que les tira piedras, para poder ver a los gigantes y ruidosos gusanos metálicos, llenos de gente con la prisa o la calma que debe dar tener un destino, pasar a una velocidad que niega su envergadura y aparatosidad. Sin la excusa violenta no se atrevería a venir, teme lo que podrían decir o hacer lo demás si lo vieran mirar maravillado, con los ojos enrojecidos por no dejarse parpadear y la boca abierta bobaliconamente. Porque a veces, cuando le descubren así, con la mirada concentrada y la boca abierta como si el pasmo intentase proporcionarle un tercer ojo que recopilara más motivos para el asombro, es una colleja la que disipa el hechizo y le devuelve a la realidad de sus zapatillas desabrochadas y la maldad circundante.

Cuando Ricardo decide arbitrariamente que ha sido suficiente regresan a casa. Pero van a su casa como el insomne va a la cama, cumpliendo con una promesa sin esperanza. Por eso vuelven por el camino más largo, haciendo un rodeo para pasar por barrios relativamente más afortunados: barrios más afortunados sólo en relación con el suyo. Rodeos que son toda una razzia en la que vuelan como un confeti triste los contenidos de

los buzones de propaganda y se percuten los capós de los coches como un desafío a todo el que pasa, atraviesan parques como territorio a conquistar partiendo en dos la boca única de los besos adolescentes para pedir cigarros, o dan por terminados partidos de fútbol ajenos por el expeditivo medio de mandar el balón a tomar por culo. Todo lo que se yergue del suelo, todo lo que se atreve a tener volumen, todo lo que hace amago de existir, animal o cosa, inerte o vivo, objeto o sujeto, se expone a la patada repentina, el lapo a traición o a que se le dé el palo. Dar el palo es para Ricardo lo que para Pedro ver los trenes. Deleite maravilloso ante un ejercicio de poder; en este caso, el suyo. Buscando medallas que él se pone y sólo él puede ver que efectivamente lleva, tapando miedos o premiando ambiciones, busca para robar a los más grandes y fuertes, a los chicos que sean tan mayores como se pueda ser antes de llegar a la edad adulta, a ese otro mundo en el que cabe la llamada de atención o incluso a la policía.

Volver a casa es, en definitiva, volver a la muñeca rusa del grupo de edificios en el que se encuentra el bloque de pisos en el que los chicos viven con sus familias en apartamentos clónicos, diferenciados entre sí planta a planta, bloque a bloque, manzana a manzana por la irreplicable forma que la pobreza tiene en cada caso de hacerlo todo con nada. Los lazos familiares no se quedan en cada apartamento y, en virtud del reparto de vivienda social, se extienden a todo el edificio, en el que también viven tíos y primos, cuñados, yernos y abuelos. Las ramas del enrevesado árbol genealógico coinciden con la arquitectura del edificio, formando una estructura de parentesco y vecindad de límites tan inconcretos que, ante la duda, todos llaman tío o primo, según su edad, a los desconocidos que se cruzan por los laberínticos pasillos y escaleras.

Cada día, mientras espera a que le abran, Ricardo no se pregunta qué pasará al otro lado de la puerta, sino que oye la repetida sinfonía de portazos y gritos que hacen llegar desde la puerta del pasillo hasta la del cuarto de Pedro el mensaje de que él está esperando fuera. Cuando la puerta se abre lo justo para que asome la cabeza de su amigo, que

intenta recordarle que no quiere que le busque en casa, que mejor se encuentran directamente en la calle porque su padre no quiere verlos juntos, Ricardo ni siquiera deja terminar la frase que no escucha para imponer el plan de la tarde, que por el momento y hasta donde recuerdan es el plan de su vida:

*-vamos a las vías.*

Una frase que ya no propone, algo que dejó de ser una sugerencia para convertirse en una descripción, en el enunciado fiel de una fatalidad, un

*-vamos a las vías*

que es a los dos niños lo que una rueda para un hámster: la nauseabunda repetición de lo mismo. Más allá de todo cambio aparente, de la ropa diferente a la del día anterior, de quién abra la puerta, de las anécdotas recientes que se comentarán por el camino, cada vez que Ricardo llama a la puerta de Pedro el timbre suena como el eco del timbrado del día anterior. Cada vez, la puerta se abre tímidamente y Pedro mira al suelo mientras vuelve a insistir a Ricardo en que no le busque en casa en una imagen que parece reflejada en uno de esos espejos que reflejan a otros creando una ilusión de infinito. Ilusión y espejos que saltan hechos mil añicos cuando Ricardo dice mecánicamente - *vamos a las vías*

y Pedro sale de la casa acompañado por las amenazas paternas que resuenan durante un trecho del pasillo como una telaraña que hubiera atravesado y que siguiera adherida a su cuerpo, como una molestia invisible pero real. Por eso prefiere encontrarse a Ricardo directamente en la calle, si es que tiene que encontrárselo, y evita hasta donde puede, que es poco, que se presente en casa o se crucen en los pasillos porque todo el edificio lo entiende Pedro como dominio de su padre, ya que para él todo ámbito es dominio de alguien y él también, por estar donde esté, pasa a ser parte de lo dominado. La calle es de Ricardo, lo cual tiene más ventajas que inconvenientes porque cuando eres amigo del que roba no te roban y a Ricardo siempre le parece la mejor opción ir a las vías y así

puede ver pasar trenes.

Pero el edificio entero es de su padre y el miedo hace que ya no distinga entre uno y otro, y cuando entra en el bloque de pisos con sentimiento de culpa, que es siempre, daría cualquier cosa para poder volar aunque fuera a un centímetro del suelo y así evitar no sólo hacer ruido sino tocar cualquier cosa. Porque odia hacer ruido, al llegar abre la puerta deseando que la llave entrara en la cerradura como en mantequilla, y la cierra como arrojando a un hijo, procurando no hacer ningún sonido porque todo sonido, por hacerlo él, es ruido. Entra temiendo que cualquier vibración tenga magnitud suficiente para que las paredes, chivatas, la lleven al cuarto en penumbra perpetua donde su padre rumia dolores y pesares que no encuentran comprensión ni agradecimiento suficiente. Pero tal presión difumina los límites entre el ruido y quién lo escucha, y ya se trata de no tocar nada porque todo es de su padre, todo es su padre y puede que se enfade o puede que no y no sabe qué es peor. Cuando su figura encorvada interrumpe el pasillo que termina en su cuarto, a pesar de las incontables veces que eso ha pasado, es siempre la primera vez de una improvisación en la que no sabe cómo ser neutro, si es mejor sonreír o mostrarse serio, qué es lo que denota ocultación y qué podría parecerle sincero, mientras busca desaparecer de tanta inexpresividad. Con un poco de suerte no aparecerá, pero casi que eso da igual porque en cierto modo ya está a su lado, el pasillo lleva directamente a su tímpano y quizás fuera mejor que apareciera y se concentrara en un punto, siendo su cuerpo sólo su cuerpo y no toda la casa. A veces piensa, durante un segundo de valentía que sólo sirve para contrastar con la continuidad cobarde que se impone inmediatamente, en salir corriendo, pero le aterra la certeza de su voz persiguiéndole por las escaleras como una cascada de platos rotos y los pasillos se le hacen intransitables de tanta crispación.

Ir a las vías en el breve invierno sureño, que no dura mucho más que los resfriados que provoca entre gente tan poco preparada para el frío, siempre tiene tanto de extraordinario

y novedoso como puede tenerlo transitar bajo condiciones meteorológicas inusuales por un camino mil veces recorrido. Reconocer bajo los pequeños ríos que provoca el deficiente alcantarillado el asfalto habitual, sortear los charcos con saltos que se inician a ciegas, eligiendo durante el corto vuelo el sitio donde pisar, hacer como que se fuma con el vaho del aliento, lanzarse contra la pared cuando un coche va a atravesar un charco como un Moisés cruel; el carácter de juego que adquiere el andar con los abrigos de plumas, la torpeza de cargar con un cuerpo sobre el cuerpo, abrigos obesos que te añaden un volumen al que no estás acostumbrado y que te hace chocar contra contornos y relieves conocidos, o contra otros abrigos, otros cuerpos extendidos en un acolchado solo externo, ya que desde la misma dureza interior sale la acusación de marica por el contacto involuntario. La lluvia, en definitiva, como un milagro que se vuelve cotidiano durante unos meses pero que no deja de ser asombroso. Una tregua que se prolongará después de haber terminado en la frescura que deja, en los charcos que se resisten a extinguirse; una lluvia después de la lluvia: la lluvia de los desagües, los canalones, la lluvia que se oye y se huele pero no moja la piel.

*-Vamos a las vías*

es ahora salir a encontrarse la sensación de exactitud de la lluvia, que cada gota cae donde debe cuando debe, enhebrando agujas invisibles, salir a que la ropa se quede pesada y pegada a la piel como si vistieses una bolsa de té usada, salir a ser mirado por los mil ojos abiertos en los charcos por la llovizna, salir a comprobar la redundancia de las fuentes en los días lluviosos.

Es lo de siempre transformado, sí, pero por poco tiempo y sin dejar de ser lo de siempre. Además, el invierno aquí nunca deja de ser excepcional, aunque se acumulen los años y por tanto los inviernos vividos, nunca deja de ser un sueño que dudas haber soñado. En cambio cuando el verano, ese animal sediento, vuelve a la ciudad, parece haberse operado la restitución de un orden original para todas las cosas. El verano es sólo uno,

reanudado cada vez, olvidado desde su nuevo primer día todo lo ocurrido desde el final del anterior, toda esa vida con cambios (nueva aula, nuevos bambos, nuevos rostros). El calor iguala los días en un mismo tedio sudado, indistinguibles los días entre sí como indistinguibles entre sí los veranos en un único magma de asfalto líquido. Un solo mismo tiempo plano y caliente, siesta repetida durante tres meses cada año de la infancia: el verano como un lugar al que se vuelve, no un momento que transcurra cada año de nuevo.

*-Vamos a las vías*

se dice ahora en un susurro, evitando despertar a los mayores que hunden su cabeza en los cojines como se hunde una piedra en el barro. La puerta se alcanza descalzo, con el calzado en la mano y los ojos puestos en el posible movimiento del cuerpo que, derrotado en un sofá de sky con consistencia de víscera, duerme. De vez en cuando, paralizando la huida, una mano, moviéndose como debajo del agua, intenta sin éxito espantar a las moscas asfixiadas que se pasean por la boca y los párpados. Ganada la puerta, recuperado el aliento, salir a la calle es entonces entrar en la boca de un perro; el aire denso como pan de molde a penas se deja atravesar y la nada caliente de las calles parece repetir como un eco el silencio de la que se acaba de abandonar, sumando tedio al tedio. Se trata simplemente de arrastrar los pies mientras se busca la sombra mínima de los árboles, dejándose llevar hacia las vías como si la ciudad entera estuviera escorada hacia allí y apenas hubiera que moverse, sólo dejarse arrastrar por la gravedad, por el peso insoportable de la nada.

Porque el problema no es que tengamos una capacidad de sufrimiento limitada, sino que el dolor nos es ilimitado. No es que vayamos a ser sobrepasados o destruidos por las adversidades, es que no lo somos, y el momento crítico se aleja todo lo que nos acerquemos a él. No es un problema adaptarnos a las adversidades, sino que el problema

es nuestra inmensa y cada vez renovada habilidad para acostumbrarnos a lo que sea, por muy duro que resulte. Si el dolor tuviera límite, si hubiera un punto ante el cual no podemos seguir recibiendo golpes nos enderezaríamos con toda la fuerza de la desesperación y, o bien superábamos la situación o bien seríamos aniquilados por ella de una vez; provocando en cualquier caso un encuentro definitivo con nuestro mal. Pero no, disminuimos lo que somos ensanchando lo que nos duele, aguantamos, cada golpe endurece para que el siguiente duela todavía pero no nos rompa. Sobrevivimos tenuamente para poder seguir sufriendo. El dolor nos moldea, nos hace resistentes, pero a costa de no ser otra cosa que algo que duele. Imbuidos en el sentimiento de fatalidad, asumiendo como imposible otra realidad que la hiriente, no sabemos si el destino nos golpea o somos nosotros los que nos arrojamos contra él. En ese momento tenemos lástima de nosotros y en el momento en el que se tiene lástima uno ya no es uno mismo, te puedes ver desde fuera porque te has resignado, has perdido y te has perdido, eres otro, un espectador que no puede intervenir.

Claro que Pedro no piensa eso, no puede hacer la fría operación del cálculo y la racionalización, sino que siente cómo una bola de fuego amenaza con prender en su estómago y reducirle a cenizas, y sin entender por qué busca algo que romper, desea tener un animal en casa para poder patearlo, sueña con tener unas manos grandes y peludas como las de su padre para abofetearle, recuerda aquella vez que viajó en tren y el fuego se apaga un poco, como si lloviera sobre la bola de fuego de su barriga. Cuanto más piensa en el tren, en su movimiento imparable hacia un lugar que no es su habitación, su pueblo o su vida, más se apaga el fuego del estómago y más decidido se encuentra, con los puños apretados y una sonrisa que deja entrar en la boca el mar pequeño de las lágrimas.

Se repite el plan una y otra vez, hasta hacerlo un ovillo confuso que le permite no pensar en otra cosa, no darse cuenta de que la mochila que ha decidido llevarse no lleva nada



más que a sí misma, de la intermitente luz de faro de la televisión encendida en el salón a oscuras donde su padre duerme despierto. Es fácil, sólo hay que subirse al tren por la parte opuesta al revisor y repetir la maniobra en cada parada; para cuando le cojan sin billete ya estará lejos y dará igual. Como aquella vez, con su hermano, en la otra ciudad. Y aunque rezaba por no cruzarse a Ricardo, cuando sucede se alegra y es él el que se acerca decidido. Porque se da cuenta de que las cosas no nos dan miedo por cómo las vemos, sino que las vemos amenazadoras porque nos dan miedo. Los rasgos que hacían de Ricardo una figura temible son los mismos que en cualquier otro conocido serían ridículos: abrigos de otras décadas, de colores chillones y parches evidentes, heredados de hermanos que los heredaron de primos, un bigote incipiente con más aspecto de vello púbico que de barba, andares amanerados de sheriff. Ahora se da perfecta cuenta y antes de que Ricardo pueda usar el hechizo de la frase que ha marcado sus días como marca el tiempo un metrónomo, antes de que le paralice la música triste del *vamos a la vías*, le empuja y Ricardo cae al suelo sin intentar agarrarse a nada porque no puede creérselo. Cuando llega a las vías se tiene que doblar y apoyarse con las manos sobre las rodillas mientras recupera el aliento. Todo ha merecido la pena porque ahora sí que la vuelta atrás es imposible, aunque no sabe qué llegará antes, si el tren o Ricardo con los otros, porque ya van ganándole la ventaja que le ha dado la caída y la sorpresa y oye como un mismo sonido al tren que llega y los gritos de “por aquí, por aquí”. Pero finalmente es el tren el primero en aparecer y su estruendo lo acalla todo en un ruido tan fuerte que a Pedro le parece silencio. Gracias al efecto Doppler sabemos que las galaxias distantes se alejan de nosotros, haciéndose más distantes y dejando que el vacío ocupe más espacio. Es en virtud del mismo efecto Doppler por lo que nos explicamos que un objeto en movimiento que pasa a nuestro lado suena diferente cuando se acerca y cuando se aleja, ya que al venir hacia nosotros empuja el sonido comprimiéndolo y al alejarse, dejándonos detrás, el sonido retoma la longitud de onda habitual. Claro que Pedro no conoce el efecto Doppler,

no sabe que el universo es una deriva indiferente hacia la nada y que el tren atronador está empujando su sonido contra sus oídos. Lo que tampoco espera es que el sonido vuelva a la normalidad al pasar el tren de largo, dejándolo atrás. Porque, cómo podría saberlo, en situaciones de gran stress el cuerpo segrega hormonas que tensan el organismo entero para que se enfrente a lo que entienden como una situación peligrosa, una cuestión de supervivencia. Mentalmente eso se traduce en la visión de túnel, que no nos deja contemplar más que el objetivo, haciendo caso omiso a ninguna otra consideración. En el caso de Pedro, huir era la única operación posible y no se detuvo a recordar que los trenes atraviesan la ciudad gris como un innecesario gesto de soberbia, sin traer ni llevar nada, sólo como un recordatorio de los otros mundos extramiserables pero no como una vía de escape a ellos. Así que el tren se aleja y las manos que cogen de la camiseta a Pedro y tiran de él hacia un *a ti qué coño te pasa* no son en realidad de Ricardo, lo que tira de él de vuelta a su rueda de hámster es algo así como el destino, aunque ni Pedro ni Ricardo puedan sospechar hasta qué punto son el uno para el otro, ahora sí, ya para siempre, sin vuelta atrás, clavos en el ataúd de la rutina y por eso mañana mismo, como si nada hubiera pasado, volverá a sonar el timbre, volverá a abrirse la puerta y volverá a sonar

*-vamos a las vías*

aunque de ahora en adelante Pedro también tirará piedras, gritando insultos que se atropellan con el siguiente en un tartamudeo rabioso del que lo más entendible son los salivazos que se le escapan, porque ya tampoco concibe más viaje que el de las piedras que se estrellan inútiles contra el tren soberbio.